

EL PERIPLO DE LA REPÚBLICA ERRANTE

El 31 de mayo de 1863, ante el avance del Ejército francés de intervención sobre la capital de la República, el presidente Benito Juárez, previa clausura de las sesiones del Congreso, abandonó la Ciudad de México acompañado por su familia, su gabinete, buena parte de los diputados del Congreso, empleados de gobierno y un destacamento militar, con destino a San Luis Potosí, donde instalaría los poderes de la Unión. Tras derrotar a la Intervención y al Segundo Imperio, el presidente regresaría a la capital del país cuatro años más tarde, el 15 de junio de 1867. En este largo periplo, el gobierno de la República anduvo errante, pero nunca salió del territorio patrio.

A su arribo a San Luis Potosí, el presidente de la República manifestó las razones del gobierno para su traslado al norte del país, que lejos de favorecer a los invasores los debilitaría:

Reconcentrado el enemigo en un punto, como ahora, será débil en los demás y diseminado será débil en todas partes. Él se verá estrechado a reconocer que la República no está encerrada en las ciudades de México y Zaragoza; que la animación y la vida, la conciencia del derecho y de la fuerza, el amor a la independencia y a la

democracia, el noble orgullo, sublevado contra el inicuo invasor de nuestro suelo, son sentimientos difundidos en todo el pueblo mexicano y que esa mayoría sujeta y silenciosa, en cuyo levantamiento libraba Napoleón III el buen éxito y la justificación del mayor atentado que ha visto el siglo XIX, no pasa de una quimera inventada por un puñado de traidores.¹

El presidente recordó que en la Historia Universal y en la nuestra existían múltiples muestras de que una estrategia de esa naturaleza podía conducir al éxito:

¿Qué pueden esperar cuando les opongamos por ejército nuestro pueblo todo y por campo de batalla nuestro dilatado país? ¿Quedó señor de España, Napoleón I, porque tomó a Madrid y a muchas de las ciudades de aquel reino? ¿Lo quedó de Rusia después de la ocupación de Moscú?

¿No fueron echados con ignominia los ejércitos invasores de esos pueblos? ¿No hicimos lo propio con la facción del retroceso, aunque tuvo en su poder nuestra antigua capital? Y ¿en cuál de nuestras poblaciones no derrocamos el poder de España?²

Maximiliano reconoció la tenacidad del estadista mexicano en su decreto del 3 de octubre de 1865, cuando declaró erróneamente que el presidente Juárez había salido del país y ya no existía la causa republicana, por lo que sus seguidores serían ejecutados como bandidos. “La causa que con tanto valor y constancia sostuvo don Benito Juárez, había ya sucumbido, no sólo a la voluntad nacional sino ante la misma ley que este caudillo invocaba en apoyo de sus títulos. Hoy hasta la bandería en que degeneró dicha causa, ha quedado abandonada por la salida de su jefe del territorio patrio.”³

Al tiempo que el gobierno republicano recorría nuestra geografía, se realizaron acciones en diversos frentes. En el diplomá-

¹ Jorge L. Tamayo, *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, t. 16, capítulo LXXVII, doc. 29, México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 1966.

² *Ibidem*.

³ *Ibid.*, t. 10, cap. CLIII, doc. 13.

tico: José de Jesús Terán en Europa y Matías Romero en Estados Unidos luchaban por inclinar la balanza de la opinión pública en favor de la República. Cuando se luchaba por la independencia y soberanía nacional, al interior del propio gobierno surgió la división, por intereses políticos. El presidente Juárez tuvo que enfrentar los alegatos de Jesús González Ortega, quien quería ocupar la Presidencia, con el argumento de que ya había acabado el periodo para el que había sido electo el jefe del Ejecutivo, y que de acuerdo con la Constitución de 1857, el presidente de la Corte ocuparía su lugar, en caso de faltar éste. Pero el titular del gobierno no faltaba y no se podía cambiar a la máxima autoridad de la República en plena guerra contra la intervención extranjera. El presidente continuó pese a los reclamos de González Ortega. Entretanto, a lo largo de todo el territorio mexicano, los ejércitos republicanos continuaron la guerra sin cuartel contra el invasor.

La presente obra inicia con el texto de Rubén Ruiz Guerra,⁴ quien analiza las acciones de Benito Juárez y de los liberales frente a la Intervención y el Imperio. Ruiz Guerra responde a las interrogantes y cuestionamientos en torno a la itinerancia del gobierno republicano. Describe el gran esfuerzo organizacional que implicó, y su estrategia militar y política para lograr la sobrevivencia de la República.

Por su parte, Arturo Aguilar Ochoa⁵ reconstruye la ruta que siguió el gobierno republicano desde la Ciudad de México hasta su punto más septentrional en Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez), señalando las acciones del mandatario en cada punto, y el contexto geográfico en las que se produjeron: desde el manifiesto de San Luis Potosí, donde explica a la opinión pública las razones que motivaron el traslado de los poderes de la Unión y la estrategia que pretendía emprender contra los enemigos, hasta la creación del libro de visitantes distinguidos en la casa de Miguel Hidalgo en Dolores.

⁴ “Benito Juárez, los liberales y su participación en la República errante, 1863-1867.”

⁵ “La República trashumante. Itinerarios de la cotidianidad, 1863-1867.”

Aguilar Ochoa refiere también los conflictos políticos del gobierno republicano con sus opositores en Saltillo y el rompimiento con el cacique neoleonés Santiago Vidaurri en Monterrey. El autor lamenta que el día de hoy existan pocos registros del paso de Juárez por muchos de los lugares que transitó.

Norma Zubirán Escoto⁶ estudia al Ejército Republicano, desde su origen en la revolución de Ayutla hasta su consolidación en la Guerra de Reforma. Refiere la importancia de la victoria del 5 de mayo de 1862, así como la trascendencia de la derrota militar de mayo del año siguiente, misma que desmembró al ejército, por lo que el gobierno tuvo que recurrir a fuerzas irregulares.

Con el propósito de reorganizar a la tropa, durante la guerra se formaron nuevos cuerpos militares: el del Norte de Mariano Escobedo, el de Occidente a cargo del general Ramón Corona, el de Oriente comandado por el general Porfirio Díaz y el del Centro, cuya operación recayó sucesivamente en las manos de Ignacio Comonfort, José López Uruga, José María Arteaga y, al final de la contienda, de Vicente Riva Palacio y Nicolás Régules.

Zubirán Escoto destaca que gracias a las reseñas de Juan de Dios Arias, José María Vigil, Manuel Santibáñez, Eduardo Ruiz y otros más, podemos reconstruir la historia de los ejércitos republicanos.⁷ La autora da cuenta del surgimiento, extinción y renacimiento de estas milicias que combinadas impidieron la consolidación del Segundo Imperio, recuperaron el territorio ocupado y finalmente llevaron al triunfo de la República.

⁶ “Los ejércitos republicanos ante la Intervención Francesa.”

⁷ Juan de Dios Arias, *Reseña histórica de la formación y operación del cuerpo de Ejército del Norte durante la Intervención Francesa, Sitio de Querétaro*, México, Imprenta de Nabor Chávez, 1867.

José María Vigil y Juan B. Híjar y Haro, *Ensayo histórico del Ejército del Occidente*, México, NEHRM/Gobierno de Puebla, 1874. Facsimilar publicado en 1987.

Manuel Santibáñez, *Reseña histórica del cuerpo del Ejército de Oriente*, 2 tomos, México, Oficina Impresora del Timbre, 1892.

Eduardo Ruiz, *Historia de la guerra de Intervención en Michoacán*, México, Ofic. Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1896.

Juan Macías Guzmán considera en su texto⁸ que el conflicto político de Jesús González Ortega contra el presidente Juárez se debe al enfrentamiento entre el militar y el civil. El autor analiza a profundidad la disputa por el poder, en plena guerra contra la Intervención.

Los esfuerzos desplegados en el frente diplomático son referidos por Itzel Magaña Ocaña,⁹ quien analiza los esfuerzos de Matías Romero en defensa de la República ante el gobierno de Lincoln y la opinión pública norteamericana. El diplomático se destacó por su cabildeo con periodistas, políticos, militares y capitalistas, para convencerlos de la justicia de la causa mexicana.

Matías Romero denunció en repetidas ocasiones la violación de la neutralidad declarada por Estados Unidos frente a la Intervención Francesa y el Segundo Imperio, durante su Guerra de Secesión. Pugnó por que fuera levantada la prohibición de venta de armas a los republicanos y evitar que se reconociera al gobierno de Maximiliano.

Ocaña destaca la relación de Romero con el secretario de Estado William Seward, con quien mantuvo una relación profesional de ocho años, que se convirtió en una amistad que perduró hasta el final de sus vidas.

La acción patriótica del general conservador Miguel Negrete, quien ante la intervención extranjera decidió olvidar las querellas de partido y sumarse a la causa nacional, es recogida por Sergio Rosas Salas.¹⁰ Negrete fue uno de los defensores de la República. Fungió como intermediario entre el gobierno republicano y los líderes locales de Puebla, Durango y Chihuahua. No obstante, Negrete difirió de la estrategia para combatir al inva-

⁸ “La pugna entre Benito Juárez y Jesús González Ortega en 1865: el ciudadano-presidente contra el ciudadano-soldado.”

⁹ “La gestión de Matías Romero al frente de la legación mexicana en Washington durante la Intervención Francesa y el Segundo Imperio Mexicano, 1862-1867.”

¹⁰ “De Puebla a San Antonio: Miguel Negrete en los años de la República errante (1863-1867).”

sor, y de las prioridades que debían de ser atendidas. Razones por las que rompió con el gobierno y se exilió en Texas en 1866.

Rogelio Jiménez Marce analiza el impacto que tiene la literatura en el conocimiento de la historia por el gran público. Jiménez Marce toma el título de su ensayo de un diálogo de la novela histórica *Episodios Nacionales Mexicanos* de Victoriano Salado Álvarez: “Adiós, México, que te quedas sin gente”.

Los escritores del siglo XIX encontraron en las novelas históricas una herramienta útil para difundir los valores cívicos de unificación nacional, sin apelar a la predicación religiosa. Al mismo tiempo buscaron limpiar la imagen de México en el exterior, manchada con la etiqueta de bárbaro, por la osadía de haber ejecutado a Maximiliano de Habsburgo.

Juan A. Mateos y Salado Álvarez son los escritores elegidos por el autor para mostrar cómo influye el contexto político en sus obras. Mateos publica su novela *El Cerro de las Campanas. Memorias de un guerrillero* en 1868, a un año de la ejecución de Maximiliano y el triunfo de la República. Testigo presencial de muchos de los hechos narrados, el escritor pone a los hechos históricos como telón de fondo, para la trama romántica, que usa para exaltar los valores del nacionalismo y liberalismo republicanos.

En cambio, Salado Álvarez, que vivió cuando el México liberal y republicano había logrado vencer a sus enemigos, da mayor peso a los hechos históricos, ya que sus lectores pertenecían a una nueva generación que no vivió la guerra contra la Intervención y el Imperio.

Maximiliano, Miramón y Mejía fueron juzgados de acuerdo con la ley de 25 de enero de 1862, que decretó la pena máxima para los enemigos de la independencia y soberanía nacionales. No obstante, hubo críticas y controversias ante su ejecución. Humberto Morales Moreno,¹¹ demuestra en su artículo que en la aplicación de la citada ley, no hubo un deseo revanchista, sino un fundamentado y justificado juicio, como explicó José María

¹¹ “Benito Juárez y el controvertido perdón de Maximiliano en Querétaro.”

Iglesias en sus *Revistas Históricas*. Morales destaca que mientras Maximiliano ha sido considerado una víctima digna de conmiseración, no ocurrió lo mismo con Miramón y Mejía, siendo el primero tachado de traidor y el segundo condenado al olvido.

Nuestra obra concluye con el texto en que Vicente Quirarte refiere el profundo significado del retorno del presidente Juárez a la capital de la República en 1867, tras haber derrotado a un enemigo que parecía invencible. El escritor y poeta recuerda que la primera vez que Juárez visitó la Ciudad de México fue a los cuarenta años de edad, para ocupar su escaño como diputado en el Congreso de la Unión. Era un momento crítico de nuestra historia, pues el país se encontraba invadido por tropas de Estados Unidos, en una guerra de conquista territorial que le costaría la mitad de su territorio. Las siguientes entradas del zapoteca a esta urbe fueron la culminación de otros momentos clave: el triunfo de la revolución de Ayutla, la victoria liberal en la Guerra de Reforma y el triunfo final de la República sobre la Intervención Francesa y el Segundo Imperio. Quirarte subraya las contribuciones de Benito Juárez a la consolidación del Estado laico.

Por todo ello es que Juárez se convirtió en el símbolo de la defensa de la soberanía e independencia nacionales y mereció el reconocimiento de los países hermanos latinoamericanos como Benemérito de las Américas.

En el presente volumen nueve especialistas abordan las diferentes vicisitudes de la República errante, lo que nos permite profundizar en el conocimiento de este momento decisivo de nuestra historia, el tiempo eje de México, cuando se definió su Estado republicano, federal y laico.

PATRICIA GALEANA

*Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México*

